

121. San José Benito Cottolengo

La verdad es —nos contaba un sacerdote venido de Italia— que aquel día casi me enfadé con unas religiosas muy santas pero muy fastidiosas. Fui a la bella y gran ciudad de Turín, tuve interés especial en ver la “Piccola Casa”, la Pequeña Casa, de San José Benito Cottolengo, y me marché desilusionado. Entré en la iglesia, y pregunté a la primera religiosa que vi: *-¿Cuántos son ahora los enfermos que tienen en la Casa? Y ella, con una gran tranquilidad: -¡Ay, no lo sé!... Yo, algo contrariado, insisto: -Bueno, si no el número exacto, dígamelo al menos aproximado. Tengo oído que son más de diez mil. Y la monjita, cada vez más terca: -No, no; es que no lo sé...*

Era inútil insistir. Yo sabía que eran bastantes miles los enfermos de todas clases los hospitalizados en la “Pequeña Casa de la Divina Providencia”. Pero no podía yo molestarme. La monjita, al fin y al cabo, no hacía sino cumplir el consejo del fundador, San José Benito Cottolengo:

- No hagan cuentas de nada: ni de enfermos, ni de dinero; socorran a todos, dejando los números a la Divina Providencia.

Don José era un sacerdote y canónigo de Turín que un día vio cómo una familia inmigrante de franceses perdía a la esposa y madre, a punto de dar a luz al cuarto niño, la cual moría abandonada de todos porque nadie la quiso recibir. El hospital, dio por razón: *- Embarazada, no; y tuberculosa, menos, porque así no puede ir a maternidad.* El cura vio cómo se le partía el corazón al pobre esposo y el abandono en que quedaban los tres niños. ¿Qué hacer entonces?... Llega a su iglesia, y ordena al sacristán: *-Repica fuerte las campanas, y prende todos los candeleros del altar de la Virgen de las Gracias. -¿A estas horas, Padre?... Acudió un grupo de personas, todas extrañadas por aquel acto improvisado de culto. Cantan la Letanía de la Virgen, y exclama el Cura Párroco: -¡La gracia está concedida, la gracia está concedida! La Virgen lo ha hecho todo...*

Había prendido la chispa en su mente, sugerida por la Virgen María, que le inspira: *- Abre una casa para los pobres y los enfermos rechazados de todos.* Y Don José Benito Cottolengo: *-¿La Virgen lo manda? Luego, es cosa hecha.* Pone manos a la obra, y en dos habitaciones alquiladas frente a su iglesia mete a los primeros enfermos. Nuevos alquileres, y los enfermos ya no caben... Se echa el cólera, y la gente empieza a protestar: *-¡Fuera! ¡Fuera esos enfermos! Que el contagio va a ser mucho mayor...* Y Cottolengo, con frío humor, comenta: *-¿Saben lo que hacen los campesinos de mi pueblo? Para que crezcan las coles, las trasplantan a otro lugar. Así que, yo me voy de aquí.* No tenía un centavo, pero fiado en la Divina Providencia, adquiere los terrenos baldíos de Valdocco, donde no había más que alguna casucha abandonada, y donde, unos años más tarde, Don Bosco iniciará también su obra del Oratorio.

Empiezan las construcciones sin saber nadie de dónde ni cómo vienen los recursos. El caso es no rechazar a ningún enfermo que se presente. Instituye las Hermanas Vicentinas y una agrupación distinta para cada clase de necesidades. No se llevan ningunas cuentas. Al sacerdote que sería su sucesor, le había dado este consejo: *-No lleven cuentas de lo que les manda la Divina Providencia, porque Ella sabe llevar los registros mejor que nosotros. No cuenten ni tan siquiera el número de los hospitalizados. No se metan en los asuntos de la Divina Providencia.*

Y esto lo cumplió cierto día de una manera que se ha hecho célebre. Se le presenta la Superiora de las Hermanas: *-¿Qué hacemos? En casa no hay más que esta moneda de veinte francos.* La mira Cottolengo: *-¿Que moneda más bella! Ya verás cómo va a cosechar muchas más monedas.* La agarra el santo, la tira por la ventana bien lejos al campo, de modo que ahora no quedaba nada para atender a tantísimos enfermos. Cottolengo añade festivo: *-Ya verás, tonta, cómo hemos hecho hoy un buen negocio.* Al anoecer, se le presentaba un visitante con una fuerte suma. Y ahora, a la Hermana: *-¿Ves? Ya te dije que hoy íbamos a hacer un negocio grande. Toma, y paga todos los gastos.*

Era la táctica de Cottolengo, que decía: *-Si tenemos dinero, confiamos en él y no en la Divina Providencia. Para que las cuentas corran a cargo de la Providencia de Dios, no debemos tener nada.* Por eso, para recoger las donaciones que llegaban, construyó y abrió las tres famosas cajas fuertes. La primera, un cofre colocado junto a la cocina; la segunda, las gavetas de su escritorio, siempre abiertas y sin llave en la cerradura; la tercera, un saquito de tela sobre el sillón de su mismo despacho. Tenía dada a todos la orden: *-Vayan echando dentro de las tres cajas fuertes lo que llegue, y paguen los gastos tal como se presenten.*

El sacerdote Don Luis hubo de suplir unos días a su hermano José Benito, que le dijo al marchar: *-Toma de esa bolsa lo que se necesite para los gastos. Verás cómo te llega para todo.* Decía después el bueno de Don Luis: *-Los gastos de aquellos días fueron inmensos. Yo no sé, pero nunca faltó el dinero en aquella bolsa de tela, la tercera caja fuerte.*

Agotado por el trabajo, José Benito Cottolengo moría a sus 506 años el 30 de Abril de 1842. Dejaba en la Pequeña Casa de la Divina Providencia a más de 1.300 enfermos hospitalizados. Su sucesor los elevó a más de 3.000. Con el siguiente encargado pasaron de 4.000. El número ha ido siempre en aumento. Había dicho Don José Benito Cottolengo: *-Nadie es necesario aquí. Muerto yo, la Divina Providencia derribará la tapia de un solo puntapié, hará entrar a los que quiera y las cosas irán mejor.*

El milagro continúa después de siglo y medio. Pasma la fotografía de una vista aérea de la “Ciudad de la Caridad” en que se ha convertido la “Pequeña Casa de la Divina Providencia”. ¿Cuántos son los enfermos que albergan esas inmensas edificaciones? La monjita no se lo decía al sacerdote porque quizá no lo sabía. Lo que sí sabía, y muy de memoria, era el consejo de San José Benito Cottolengo: *-Amen a los pobres, que son nuestros amos. Y los dueños “dueñísimos” son los enfermos rechazados por todos. Ante el trabajo, digan siempre: “¡Gracias a Dios! ¡El Cielo, el Cielo!”... Y cuando les llamen los enfermos, corran, diciendo: “Jesús me llama, es Jesús quien me quiere, voy a ver a Jesús”...*